

## CAPÍTULO I

### LA PERSPECTIVA DE GÉNERO EN LA LITERATURA

Los estudios de género se han estructurado a partir de ciertos hechos políticos que han dado lugar a la formación de una conciencia clara del lugar que ocupan los sujetos en el contexto de culturas conformadas a partir de relaciones de dominación y subordinación. Los sectores dominantes en estas culturas se han valido de la represión social, cultural y sexual para poder mantenerse en la situación de poder, de ahí que los grupos cuyos comportamientos difieran de las conductas avaladas por el poder se encuentren en estado de subalternidad. Como respuesta de los grupos marginados a dicha situación, ha tenido lugar el surgimiento de una serie de obras tanto literarias, cinematográficas, entre otras de diversas formas de expresión, que cumplen con una función social de resistencia ante la fuerza hegemónica. En el presente capítulo se explican los contextos políticos y estéticos en los que surgen los estudios de género y cómo esta perspectiva permite interpretar la manifestación estética a partir de la forma en que se representan las relaciones de poder y la búsqueda de su subversión.

#### MOVIMIENTOS SOCIALES Y POLÍTICOS

Disturbios como el de Stonewall en Nueva York, que sucedió el 28 de junio de 1969 cuando muere la actriz y cantante estadounidense Judy Garland, uno de los iconos gays en Estados Unidos, es motivo de que la sociedad gay neoyorquina vaya

esa misma noche al barrio Greenwich Village, como suelen visitar hasta hoy. Ahí uno de los bares, que es el Stonewall Inn, es escenario de algo novedoso: cuando los agentes intentan detener a los clientes, éstos se encargan de que la policía quede dentro del bar y los homosexuales fuera. Llegan más y más refuerzos policiales, pero el resultado son tres días de barricadas, en el transcurso de los cuales los afectados se enfrentan en un amago de guerrilla urbana a las fuerzas del orden.

En el mundo hispánico también se ha dado este tipo de disturbios de diferente magnitud y efectos, y que responden a los mismos tipos de prejuicios. En el caso de México, el 20 de noviembre de 1901 resuena en la sociedad lo que ahora se conoce por “el baile de los 41”, el cual hasta en la actualidad no se ha olvidado y que desde entonces José Guadalupe Posada exhibió en sus grabados como una imagen popular del acontecimiento, imaginado en aquel entonces como “fiesta de ‘fenómenos’, de caballeros burdamente travestidos, con todo y bigote y patillas, que se entrevera con homosexuales de clase baja, en su baile feliz hacia el escándalo, con el título ‘aquí están los maricones / muy chulos y coquetones’ (Novo 15) siendo el cuarenta y uno el número que connota actitudes “anormales”.

En Cuba durante los años sesenta y setenta a cualquier individuo que tuviera conductas “anormales” se les llamaba “gusano” porque se consideraba a la homosexualidad como la “gusanera de la revolución”, según Fidel Castro. Estos eran confinados a las granjas de trabajo, donde estaban también diversos intelectuales y artistas. Un caso conocido durante la revolución cubana es Reinaldo Arenas, y su

persecución a causa de su sexualidad, como lo describe el mismo autor en su autobiografía Antes que anochezca.

En España el régimen franquista sustituyó La ley de vagos y maleantes, al elaborar la Ley de peligrosidad y de rehabilitación social, la cual les permitía deshacerse de individuos “indeseables” para la sociedad, como eran las personas con preferencias homoeróticas. A causa de esto se crearon las primeras organizaciones gays clandestinas que lucharon para que no siguiera adelante dicha ley.

En diversas culturas, como en la hispánica y otras, estos movimientos sociales han sido el motivo que ha impulsado una actividad política sobre la represión marcada a partir de ciertas normas con base en lo heteronormativo. En los grupos de minorías sexuales se ha alentado una fuerte corriente de reafirmación de identidad sexual, la cual se refleja en la literatura feminista, lésbica, gay, entre otras. Esta última es precisamente el motivo del presente trabajo de tesis, que se pretende estructurar desde la perspectiva de género, queer, camp, estos conceptos serán explicados posteriormente.

Este es el tipo de circunstancias sociopolíticas que han detonado movimientos de liberación gay con el fin de despertar conciencias acerca de la identidad sexual, puesto que es el momento de cuestionar el poder hegemónico, como el efecto provocado a causa del hostigamiento sexual y la represión. Por ejemplo, La Madelón, personaje de la novela Una mala noche la tiene cualquiera de Eduardo Mendicutti, dice lo siguiente:

Claro que tampoco se trata de ir totalmente de incógnito. Yo creo que eso hubiera sido una cobardía. La gente se tiene que dar cuenta de cómo es

una y de que no muerde. La gente tiene que acostumbrarse. Que una pueda llevar una vida tan decente como la que más. O tan indecente que nosotras no somos ni peor ni mejor. Todas iguales, todas por el mismo rasero. (155)

Lo anterior, como el destape reivindicativo de la sexualidad, es obvio en novelas como en el caso de Chile con Tengo miedo torero (2001) de Pedro Lemebel; México, Por debajo del agua (2002) de Fernando Zamora y en España con Una mala noche la tiene cualquiera (1988) de Eduardo Mendicutti. Novelas donde el contexto histórico marca y define al personaje, quien está concebido desde la perspectiva del autor, y sufre la segregación social y política. Se puede pensar que el autor escribe literatura prácticamente de la angustia de la marginación sexual que viven las minorías en las sociedades modernas y como resultado de transgresiones políticas a lo largo de la historia.

Los “tatuajes psicológicos”, o cicatrices, impresos por la sociedad a los grupos marginales, devienen en la búsqueda de la identidad propia y de esta manera trasciende su condición de grupos minoritarios. Acertadamente afirma Hobbes: Homo homini lupus (107) cumpliendo conceptos dicotómicos como: el dominador y el dominado, constructo cultural que refuerza los dispositivos panóptico sociales en busca de castigo y vigilancia de lo inhabitual.

La organización social hegemónica está dividida en dos: el dominador y los dominados. La mirada del “otro” está dentro del “dominador” ya que se establece desde una perspectiva ajena y culturalmente patriarcal, por lo que juzga ante lo “inhabitual” o

“asocial” que en dicha situación ambos están condicionados por la maquinaria social. Edgar Morín describe al otro como: “a la vez semejante y el desemejante; semejante por los rasgos humanos o culturales comunes, desemejante por las singularidades individuales o las diferencias étnicas” (Morín 84), también por el signo compuesto de dominador/dominado, el cual comparte cuestiones culturales. Es a pesar y sobre esto que se articulan los estudios de género, por lo que el foco de interés es la supremacía masculinista ante lo subalterno y lo “otro” como parte de lo “normal”. Lo “normal” parte del juicio de lo aceptado dentro del criterio hegemónico y es una construcción de una ideología puesto que utiliza la represión para esconder toda conducta que subvierta los principios que le permiten reproducir sus formas de dominación.

Una de estas formas de represión es la homofobia<sup>i</sup>, pues supone la discriminación y la persecución de los homosexuales por el sólo hecho de serlo, debido a que no comparte ciertos constructos culturales implantados por lo dominante. En México entre 1995 y 2003 suman cerca de 900 víctimas promedio, por homofobia, 97 ejecuciones al año y ocho al mes. Durante 2005, según datos de Amnistía Internacional fueron registradas 15 personas asesinadas por homofobia al mes. Esto significa que, conforme ha pasado el tiempo, desgraciadamente ha aumentado la represión y el abuso. Algo importante respecto a la estadística anterior es que se estima que por cada asesinato por homofobia reportado existen por lo menos tres que nunca se denuncian; esto lo establece el informe preliminar de la Comisión Ciudadana contra Crímenes de Odio por Homofobia (CCCCOH). Lo anterior muestra cómo una buena parte de la sociedad es víctima de una discriminación, violencia y a la vez exclusión de sí, puesto que todo conforma a la

misma sociedad, toda esta agresión se vuelve un medio para mantener la supremacía masculina como resultado del constructo cultural de lo heteronormativo<sup>ii</sup> como dominante respecto de todo lo subordinado de la cultura subalterna.

Como consecuencia de dichas persecuciones se han dado diversas respuestas, una de ellas es la que tuvo lugar en los años sesenta pues permitió no sólo la manifestación de los grupos discriminados y la búsqueda de respeto, igualdad de derechos entre otras cuestiones políticas que se desataron. Ante todo este movimiento surgen los estudios de género a raíz del activismo de los sesenta como una reacción ante la represión sexual de la época, situación que no ha cambiado mucho en la actualidad por lo que hasta la fecha en Hispanoamérica y el mundo se sigue luchando por resistir la persecución y la discriminación a las minorías sexuales; en diversas culturas existe el maltrato hacia la mujer, así como a transexuales, travestis, a lesbianas y gays, por mencionar algunas. Estas agresiones van desde insultos, amenazas, golpes, lapidaciones, violaciones, y en muchos casos han llegado a la muerte.

Especialmente en las culturas del primer mundo, las mujeres, la comunidad negra, las comunidades indígenas, los inmigrantes, los judíos en su momento, los homosexuales entre otros grupos, forman parte de lo que peyorativamente se denomina como “minorías”, las cuales comparten el interés por desarrollar estrategias políticas con el fin de posicionarse y emerger del estatus en el que se encuentran, ya que esto significa un obstáculo más para tener una vida digna, en igualdad de condiciones y para el goce pleno de todos los derechos inherentes a su condición de seres humanos. ¿Es pertinente hablar de democracia, al saber sobre la marginalización de estos grupos?, ¿o simplemente, debemos de pensar en las prioridades de lo heteronormativo como lo

“normal” y su monopolización de factores culturales sin intervención alguna de lo “anormal”? Según los parámetros hegemónicos lo “anormal” sería visto como un color de piel, una religión, un sexo, una preferencia o todo lo “opuesto” a lo ya establecido.

Gabriel Osuna en su artículo “Hijos de la homofobia” (2004) comenta cómo la sociedad heteronormativa condena a la homosexualidad en el entorno social y es configurada de manera clandestina, relacionada con lo oscuro, con el crimen, con lo ilegal, vista esta identidad desde las sospechas. Todas estas formas han tenido que ser adoptadas para sobrevivir en un mundo resentido y excluyente, donde el mejor adaptado es quien sobrevive... bien lo dijo Charles Darwin.

Desde 1948 se ha mencionado la homosexualidad como parte natural de la sociedad, esto con base en los estudios realizados por Alfred Kinsey sobre el comportamiento sexual en su libro Sexual Behavior in the Human Male, refiriéndose a que: “The homosexual has been a significant part of human sexual activity ever since the dawn of history, primarily because it is an expression of capacities that are basic in the human animal” (638).

Sin importar lo anterior, algunos lectores describen la literatura gay, desde el prejuicio a través de adjetivos relacionados con: lo maricón, joto, puto, desviado, locas, invertidos, travestidos o cualquier otro adjetivo que pueda parecer descalificativo, por estar simplemente inspirada en la escritura de personajes gays. Para dicho lector significa una novela “inmoral” o vacía por tener como tema central el amor entre personas del mismo sexo, ya que se piensa que estas obras literarias desarrollan lo “escabroso”, lo “extraño”.

El lector antes mencionado se vuelve pudoroso, elude el deseo homosexual y la expresión del personaje en este tipo de literatura, ya que el imaginario colectivo es quien se encarga de mantener asociada la homosexualidad con la inmoralidad, la enfermedad, el delito y el pecado, lo cual impide un análisis crítico como suele suceder ante estos temas. Dichas asociaciones negativas las hemos visto alrededor de la cultura, cuando en un principio a los niños se les obliga a adoptar conductas estructuradas desde la imagen de una futura identidad “modelo” como: “los niños no lloran”, “las niñas no se sientan así”, etcétera. Estas son formas de iniciación en una estructura sexista que conforme pasa el tiempo el individuo adopta y las configura para adaptarlas de cierta manera en sí mismo.

Volviendo a lo literario, un caso conocido que sufrió de prejuicio y condena por su tema “anormal”, es el que menciona Daniel Balderston acerca de Augusto D’Halmar en su libro El deseo, enorme cicatriz luminosa: ensayos sobre homosexualidades latinoamericanas (2004). En éste refiere lo que pasó con una novela de D’Halmar (La pasión y muerte del cura Deusto, 1924), la cual tuvo que pasar más de setenta años para que se pudiera hablar de ella sin ningún prejuicio dentro de los libros de historia de la literatura hispanoamericana. Balderston comenta acerca de la monopolización del canon literario por parte de la crítica que se basa en filtros heteronormativos. También comenta acerca de la discriminación como: “un arma de doble filo, ya que el ‘buen gusto’ a veces es máscara del pudor o de la cobardía, y puede llegar a funcionar como censor, marginando todo lo que el crítico prefiere que no se discuta, ni se mencione, ni se lea” (27).

La literatura marginal se ha escrito desde la conciencia de una sexualidad diferente, de una propia identidad que intenta afirmar su estado humano con el resto de la sociedad, puesto que simplemente trata de reordenarla como es natural, pero es marginalizada por la moral y las “buenas costumbres”. Estas imágenes que se tienen del gay están formadas y evolucionan constantemente a través del discurso sexual, referido a la escritura formulada de una conciencia sexual alterna, mismo que es degradado y agredido en cuanto a su sexualidad y género.

Es importante aclarar que el sexo se define por su forma anatómica y fisiológica; es un rasgo biológico innato. Por otro lado, el género es un constructo cultural que las sociedades han atribuido a la forma sexual, de manera implícita a lo largo de la historia por medio de signos como lo masculino, la fuerza y lo dominante para el hombre, mientras que lo femenino es la sensibilidad y la sumisión para la mujer. Lo anterior influye y determina la conducta de los seres humanos. Con respecto al tema Judith Butler menciona en su libro El género en disputa (2001) que “el género resulta ser performativo, es decir, que constituye la identidad que se supone que es. En este sentido, el género siempre es un hacer, aunque no un hacer por parte de un sujeto que se pueda considerar preexistente a la acción” (58). Las personas representan su género basados en estereotipos, buscando cómo articularlo según los valores, las imágenes y conductas que se enseñan por medio del entorno cultural al que pertenecemos y modificándolo con base en ellas.

TEORÍA Y LENGUAJE

Las comunidades gays han sido segregadas de la sociedad por los mismos prejuicios anteriormente mencionados, por lo que han generado códigos propios dentro de diferentes áreas culturales como parte del engranar en la maquinaria social de manera armónica, sin que nada falle a causa de su identidad. Estos códigos, cada vez más complejos, forman un espacio autónomo tanto a nivel individual como grupal por medio de léxico, conductas performativas y otras características que se ven reflejadas en la literatura, el cine, el teatro, la danza, los medios de comunicación masiva.

El lenguaje en novelas con temática gay funciona como artificio de reescritura y reivindicación de la identidad humana, de esta manera también se exponen socialmente las sexualidades diferentes y se analizan las obras literarias desde otra perspectiva que no sea la heteronormativa, a causa de esto se podría hablar de un signo travestido en el lenguaje. Es precisamente a esta condición a lo que se hace referencia con el término queer. Judith Butler define este concepto como una “práctica lingüística cuyo propósito fue avergonzar al sujeto que nombre o, antes bien, producir un sujeto a través de esa interpelación humillante. La palabra queer adquiere su fuerza precisamente de la invocación repetida que terminó vinculándola con la acusación, la patologización y el insulto” (318).

La perspectiva queer alude a una hostilidad, se delinea como algo que perturba a aquellos que se resisten o se oponen a manifestaciones sociales, entre las que se encuentran las de los grupos gays, lésbico, transexuales y todos aquellos grupos categorizados como “anormales”. Dicha palabra funciona también como protesta ante el poder que predomina en la política institucionalizada y fundamentalista, o sea la hegemonía. El término como reflexión histórica y perspectiva futura, es decir como lo

que fue y como lo que será, se convierte en parte de la oposición hegemónica, puesto que se tuerce, se desvía de su uso anterior, como menciona Judith Butler, y se orienta hacia propósitos políticos a favor de la cultura de lo “anormal”. Esta nueva connotación que menciona Butler sobre el término queer rige como escudo en el activismo, siendo así el signo político que refuerza el diálogo ante el opresor, subvirtiéndose de lo que en un principio significó.

Lo queer sostiene la necesidad de mantener un contradiscurso respecto del patriarcado, el “heterosexismo compulsivo”, algunos teóricos queer, como Monique Wittig y Beatriz Preciado, mencionan la heterosexualidad “no como una práctica sexual sino como un régimen político, que forma parte de la administración de los cuerpos y de la gestión calculada de la vida” (Preciado 18). Esta definición militante es la heredera del concepto hegemónico de lo “normal” y lo “anormal”; lo “habitual” y lo “inhabitual”: como una actitud que mantiene posturas extremas, sin puntos intermedios, de manera maniqueísta.

Los hechos referidos en el párrafo anterior han marcado a los grupos mencionados y a causa de esto se concientiza y empieza a emerger el discurso antiheterosexista, con una actitud contestataria ante la sociedad heteronormativa. Se crea el contradiscurso a través de “irreverencias”, “inmoralidades”, “indecencias” y demás actitudes que se imitan de la estrategia del opresor y que al mismo tiempo van contra los principios de la Iglesia. Como respuesta a esos efectos que ha marcado la sociedad con el fin de posicionarse en los grados de igualdad que las personas merecen, se crean modelos de conocimiento que pueden romper con el autoritarismo. Esto no significa imponerse sino crear diálogos abiertos donde se obtenga un mismo fin, como proponer

perspectivas alternas para el análisis de lo social, lo material, lo corporal, la reivindicación de nuevas zonas de placer, etcétera, según lo propone David Foster en su libro Producción cultural e identidades homoeróticas (2000). De esta forma Butler resalta el estado compulsivo en el que se encuentran las estructuras heterosexuales con lo siguiente:

Lo queer se fundamenta en una epistemología abierta que repudia las definiciones fijas sobre las que tensa el patriarcado y sus definiciones de la sexualidad. Fijar la lengua, y de ahí fijar el mundo, siempre ha sido el sueño rector del patriarcado, y uno de los impulsos cruciales de lo queer es la subversión de este proyecto en aras de otras maneras de construir una epistemología de la experiencia y la subcategoría que de ella constituye la sexualidad. (Butler 19)

Un medio de expresión con el que cuentan los grupos marginales y que comparte muchas características con lo queer es el camp, una forma de expresión afirmativa a través del lenguaje, la imagen y toda una actitud performativa que forma parte de la ironía y el sarcasmo que comúnmente se tiene en el lenguaje, con ciertos códigos adoptados de lo heteronormativo como un contradiscurso políticamente posicionado en el contexto hegemónico, pero a la vez se puede hablar de un signo travestido por el lenguaje, como se había mencionado.

Lo camp se manifiesta como una serie de fenómenos culturales en los que sobresale una forma estética cuya sensibilidad subyacente lleva al individuo a privilegiar el estilo sobre el contenido. Se define como una burla de las disposiciones compartidas y manifestadas cínicamente: “Lo camp es el arte que quiere ser serio pero que sin embargo

no puede ser tomado enteramente en serio porque es ‘demasiado’” (Sontag 364). El camping es un código privado, es una actitud estética por parte de los homosexuales que los hace tener una visión del mundo basada en la expresión del glamour y en lo marcadamente exagerado, según comenta Susan Sontag en su libro Contra la interpretación (1996); es una forma de esteticismo, una visión del mundo, todo es técnica y culto de la extravagancia, descubre valores estéticos y sentido del humor en lo inesperado, lo excesivo, lo barroco popular y el culto por la pose.

El trinomio cultura-sociedad-lenguaje es modificado entre sí, esto como parte que define de una manera abierta y no aislada a una colectividad. Gabriel Osuna menciona en su ensayo, ya citado, que una característica particular de esa identidad alternativa es: “el tener un lenguaje propio que trata de evidenciar (a veces incluso hasta desideologizar) las limitantes del discurso hegemónico” (177), esto por medio de una actitud camp y también a través de una visión queer, que es parte de lo que se ha mencionado como contradiscurso respecto de lo hegemónico.

Jenaro Talens afirma que para la literatura: “El lenguaje literario no es, en consecuencia, ni una proyección de lo real, ni su descripción ni tampoco su comentario. Es otra forma de lo real, mediante la cual nos es posible extraer de la fugacidad temporal algo del mundo en que nos encontramos” (80). Así menciona la incidencia del autor en su trabajo literario, en cuanto a que es posible tomar, aunque sea en una pequeña cantidad esa parte del mundo que afecta de manera directa o indirecta al escritor y que la transforma al momento de crear la obra literaria.

Por otra parte, José Luis Martín en su libro Crítica estilística (1973) menciona lo que para Karl Vossler es el lenguaje literario, descrito como la expresión de la voluntad:

“de la unidad de un alma, de un ser humano y esto le da a su vez unidad a la obra literaria” (Martín 152), que también, de acuerdo a Talens, se configura la obra literaria desde un interés individual. Debido a esto, no se debe analizar el lenguaje aisladamente sino en conjunto con el resto de los elementos. Para Leo Spitzer (citado en Martín 152), la lengua es sólo un hecho estético y para Vossler además de ser estético es un hecho cultural y nacional. Estos tres estudiosos han desarrollado de una u otra manera la misma idea acerca de la lengua como instrumento que altera de forma estética y cultural las redes sociales.

Dentro de la literatura que aborda la temática gay se suele evidenciar el binomio autor-obra, referido a la incidencia del escritor en el texto literario, con relación al significado y significante en la semiótica. Esta idea se acentúa más ya que el autor no deja de estar ligado al texto por su experiencia histórico-sexual que es recurrente en su trabajo, así como otros factores que modifican la identidad individual y colectiva, como los desplazamientos sociales que suelen tener los grupos marginados llamados “minorías”, como una especie de “tatuajes psicológicos”, al ser señalados, y que los distinguen del “otro”, los cuales se forman por medio del saber/poder.

En los estudios semióticos la significación del segundo-orden que Roland Barthes menciona a través del significado total, el segundo orden, aparece como la connotación que tiene la novela, causado por el bagaje cultural del lector o, dicho en otras palabras, del horizonte de expectativas que surgen de las experiencias que el receptor ha tenido y las asociaciones (connotaciones) hechas con los signos encontrados en el texto.

En la siguiente cita se aprecia lo que menciona Roland Barthes acerca del segundo orden de significación y que analógicamente se puede definir como la voz narrativa que utiliza la colectividad gay. Por ejemplo, en el caso de La Madelón, personaje principal de Una mala noche la tiene cualquiera, ella manifiesta su inconformidad ante el lugar que la sociedad hegemónica le ha asignado, la connotación que hay es una imagen que intenta transgredir las normas “habituales”, quitándose la máscara impuesta socialmente a través de la negación de su supuesto género “natural”, ya que el género es la creación inspirada en el genital y está basada en la idea social que existe alrededor del genital masculino y femenino. A propósito del personaje mencionado, véase lo que afirma a continuación: “[Al] tirar a la alcantarilla todos los trajes y pamelas, y no habría más remedio que volver a ir por la vida de incógnito[...] Pero lo que pasó aquel día, durante toda la noche, me sirvió para descubrir que, en realidad una es una mujer frágil, y que eso es una desgracia, grandísima” (Mendicutti 79).

El segundo orden de significación expuesto en la cita anterior basa sus unidades expresivas de contradiscurso en formas como: “una es una mujer frágil”, donde la construcción de la identidad forma microcadenas en relación semántica y sintáctica. Esta idea reclama el lugar en la sociedad, sin ser segregados de ella como lo han sido a lo largo de la historia personas con preferencia sexuales alternativas a las “normales”, como en el caso de la cita, que se presenta debajo de los afeites de La Madelón a Manuel García Rebollo. Esta segregación es uno de los objetivos del análisis de los estudios de género, que estudian a estos grupos a través de su condición sexual en un contexto hegemónico.

Gilberto Giménez menciona en Nuevo enfoque sociológico de la semiótica literaria, que “literatura” no remite a un concepto rigurosamente construido ni designa un objeto real, sino sólo un objeto ideológico construido por el discurso social. También Susanne Langer asegura que la obra de arte:

Es una forma expresiva creada para nuestra percepción a través de los sentidos o la imaginación, y lo que expresa es sentimiento humano. Aquí debe tomarse la palabra “sentimiento” en su acepción más amplia, representando todo lo que puede sentirse, desde la sensación física, el dolor y el alivio, la excitación y el reposo, hasta las más complejas emociones. (Langer 160)

La sobrevivencia que ha tenido la literatura con perspectiva de género a través del tiempo y su trascendencia hasta la actualidad ha provocado que cada vez se estudie más y que la necesidad contenida durante mucho tiempo ahora haga que se expongan a la luz como obras de arte, al expresar el sentimiento de marginalización y segregación que se ha guardado, de la misma manera como lo han hecho los grupos sociales en condiciones similares.

La construcción del personaje gay en este tipo de literatura conduce a una reflexión acerca de su funcionamiento como un hecho cultural basado en su sexualidad y la significación que ésta adquiere en las relaciones sociales. Además, se plantea cómo el sujeto que transgrede las normas sociales cuando tiene preferencias homoeróticas incurre por estas características en un rompimiento de dogmas y tradiciones, ya que el protagonista se inserta en la trinidad formada por individuo-sociedad-especie, donde

cada elemento es al mismo tiempo un medio y un fin, y están condicionados por factores sociales como la normativización de la sexualidad, en general, por la moral religiosa y política, afectando identidades individuales al modificarlos desde la colectividad o viceversa.

Por lo tanto, en esta literatura los protagonistas de estas historias son vistos como individuos marginales a causa de sus estilos de vida y prácticas sexuales diferentes, debido a que se oponen e irrumpen en las normas de conducta y en la creación de una identidad como individuos dentro del poder dominante que es el patriarcado. Foster señala que el patriarcado “funciona sobre la base de una estricta homología entre másculo (macho)-masculino-hombre y femíneo (hembra)-femenino-mujer; concomitantemente maneja una serie de propuestas que tienden a demostrar que la segunda conjugación se subordina a la primera” (21), tomando en cuenta la subordinación de lo femenino ante lo masculino, el protagonista gay significaría una posición abyecta por su sexualidad que transgrede de lo másculo a lo femíneo.

#### SEXUALIDAD Y PODER

El prejuicio es el juicio que precede a la experiencia empírica; permite que se haga una evaluación de un objeto antes de haber experimentado su conocimiento directo. Esta desvalorización sucede dentro de las redes sociales al interactuar los individuos entre sí, y los desplaza a lo “marginal”. Es importante tomar en cuenta que el prejuicio connota una serie de valores alterados por el entorno cultural, dictados a través de un aparato hegemónico. Dicho aparato hegemónico engloba la cultura dominante, en el caso de la cultura hispánica es el machismo, el cual involucra los valores del sistema de

géneros que se han mencionado a lo largo del trabajo, como el poder que engloba el patriarcado dominante y la masculinidad.

La sociedad limita los roles en parámetros heteronormativos que se establecen respecto al sexo, en formas donde debe caber cada individuo; si alguno de éstos no enbonara, el mismo aparato social marca el desequilibrio que se provoca de manera negativa y como consecuencia actualmente existe la xenofobia, el sexismo, la homofobia, el machismo y todas estas variantes que perjudican la construcción de una sociedad respetuosa.

Los roles tradicionales se clasifican por pasivos y activos, las características del primero adjetivan a personas con una actitud calmada, sensible, frágil, sentimental, víctima, impasible, sufrida, paciente; mientras que la actitud de una persona activa corresponde a lo opuesto. Octavio Paz en su libro El laberinto de la soledad hace una analogía nada diferente a estos roles, determinando al rol pasivo para la mujer, mientras que el activo es el hombre por sus “características” de género; comenta que la mujer pertenece a la idea de lo abierto y el hombre a lo cerrado. El rol pasivo tiende a tener una carga subalterna, “negativa” respecto del rol activo, puesto que el activo supone una fuerza que irrumpe dentro del rol opuesto, socialmente no es lo mismo que una mujer haga el papel del pasivo a que un hombre lo haga, porque aún ser fémina tiene un prestigio social distinto al de ser un hombre femenino, puesto que supone una inferioridad denigrante.

Lo que significa que en el cuerpo se concentra la jerarquía del poder humano donde en lo más alto está lo masculino, debajo está lo femenino y en lo más profundo están las “degeneraciones”, lo abyecto que no encaja en las etiquetas anteriores. El

cuerpo se vuelve un problema para el patriarcado por el inhabitual e “inmoral” uso que se hace de éste. Por eso a través de los estudios de género se reconsidera, como dice Foster: “la erotización total del cuerpo” por “combatir la primacía obsesiva de la heterosexualidad en lo genital como única sede del placer legítimo” (7). También agrega que en la actualidad: “Se contempla una reconsideración del cuerpo humano, tanto por la necesidad de combatir la primacía obsesiva de la heterosexualidad en lo genital como única sede del placer legítimo y como metonimia rectora para establecer la identidad del individuo, como propuesta creciente de propiciar la erotización total del cuerpo” (7).

El problema bio-político, donde lo biológico afecta a lo político, es el resultado de la liberación sexual personal y las liberaciones sociales mayores, cuando comparten tiempo y espacio, y es la maquinaria hegemónica quien dicta indirectamente el control sobre el cuerpo ya que si se tiene un gobierno represivo, repercutirá a un nivel individual de represión y degradación hasta la marginalización. David Foster menciona al respecto que: “...la liberación personal acompaña necesariamente ciertas dimensiones de la liberación nacional, sea la liberación de un gobierno represivo (que frecuentemente quiere decir gobiernos de represiones de derechos individuales conjuntamente con la instalación de un código de moral convencional persecutorio)” (44).

Antes se mencionó la idea de los estudios queer sobre la conceptualización de lo heterosexual como una dictadura sobre la vida y el cuerpo, de igual forma lo anterior hace énfasis en el gobierno, puesto que representa lo “normal” de la sociedad, por lo que se interpreta como una institución masculina y heteronormativa quien dicta las normas morales y de “buenas costumbres” dentro de su fuerza patriarcal, siendo “anormal” todo

lo que esté fuera de este poder hegemónico. Lo “anormal” implica una cualidad incompleta de lo “normal”, así como también revela su “discapacidad” social.

Sucesos como éstos han marcado en las tres novelas que se analizarán en los siguientes capítulos una constante de cómo el hecho histórico y todo lo que engloba el contexto sociopolítico y cultural han alterado la identidad del ser humano. En este caso, sólo ese pequeño grupo, el cual es señalado, y degradado por su condición sexual en momentos no muy propicios para su desarrollo digno y humano, será el actor principal de estas historias.

## FALOCENTRISMO

Hechos como los explicados anteriormente representan la supremacía que tiene el gobierno y toda la cultura sexista de donde surge el poder fálico que culturalmente se contiene en el genital masculino, el falo se vuelve objeto de reverencia o miedo, según lo comenta Susan Bordo en su libro The Male Body. La autora hace otra reflexión acerca del valor simbólico: “...the large penis, as I’ve suggested, may indeed be capable of giving more pleasure than smaller penises, but not reliably so, given the powerful role that individual history and cultural meaning play in the human experience of our bodies; nonetheless, the large penis remains a powerful symbol of male sexual potency” (88). Por esta razón se valora la importancia del pene en un entorno patriarcal, desde la perspectiva heteronormativa los hombres que “alteran” su género son degradados y minimizados por haberse negado a su sexualidad “natural”.

Esta problemática se representa en personajes gays, que buscan un lugar en la sociedad de la que se sienten denigrados, ya que por sus conductas se ven envueltos en situaciones denigrantes e inhumanas debido a su preferencia sexual. Estos personajes tienen la necesidad de quitarse la máscara que los transforma a un nivel simbólico y condena su verdadero “ser”. La sexualidad de los personajes gays se ve afectada por los patrones de conducta y la identidad impuesta desde la hegemonía.

Esta reflexión vuelve a cuestionar todo el orden histórico y natural regido por el poder patriarcal dominante, se interroga también sobre su sexualidad a lo largo del tiempo y, en pocas palabras, se cuestiona lo tradicionalmente incuestionable. Todo material se vuelve insuficiente para explicar la complejidad de lo humano, por ello la naturaleza del hombre forma la cultura haciendo toda una modificación en términos ya no biológicos, sino simbólicos.

A lo largo del trabajo se han visto los factores que provocan que la moral y las tradicionalmente llamadas “buenas costumbres” hagan ver a estas formas de vida como algo negativo y sean señalados, arrastrados y por último intentar deshacerlas, puesto que no “encajan” en los constructos culturales ya establecidos. Las culturas establecen, fijan, mantienen distancias entre los roles sociales de lo femenino y lo masculino. La parodia, según Víctor Bravo en Figuraciones del poder y la ironía, constituye una crítica al poder, a la cultura: “La parodia crea una conciencia sobre lo real al degradar sus estructuras jerárquicas” (118), que es parte del contradiscurso que se formula a través de lo queer y lo camp; siendo el reflejo mismo de la sociedad excluyente.

Un ejemplo de esto ya mencionado es la idea de que un hombre se “pasivise” al grado de mujer, referido esto a que el hombre (másculo-activo) traspase su sexualidad hegemónica al punto de verse en conducta y apariencia física como mujer (femíneo-pasivo) lo que significa, como se ha afirmado a lo largo del trabajo, que el “rol pasivo” es concebido como inferior al “activo” y además muestra debilidad y afeminamiento. La idea de feminidad en la cultura hispánica, así como en otras culturas, es adjetivada con palabras como debilidad, delicadeza, finura, suavidad; mientras que lo masculino se caracteriza por la fuerza, la rudeza, la agresividad, etcétera. La idea de que un hombre trasgreda al rol pasivo simboliza, heteronormativamente, la “degradación” de esa red social y su mal funcionamiento dentro de la sociedad, ya que el hombre biológicamente, como otros animales, suele y debe ser físicamente dominante y capaz de controlar a la hembra. Incluso Alfred Kinsey en su libro Sexual Behavior in the Human Male, referido a esta idea dice que: “The female at such a moment is less aggressive than the male, even passive in her acceptance of the male’s approaches, and subordinated in position to him during actual coitus” (613).

Es importante ver que desde la perspectiva de la moral y las buenas costumbres ser mujer no es tan bueno como ser hombre, Foster mismo recurre a la idea de lo femenino visto desde el patriarcado como: “...una inversión distorsionada de lo masculino o como una versión deficiente o en falta con respecto a ello: el sistema ginecológico como los genitales masculinos invertidos; la vagina como signo de la castración del pene y los testículos, o el clítoris como una atrofia (¿parodia?) del miembro viril” (22).

Estos comportamientos inhabituales, a los que se ha hecho referencia, se diferencian de los llamados “naturales”, heterosexuales, que están orientados a la reproducción de la especie; los “no naturales”, “asociales” o “desviados” son “amenazas” para la estructura social, y caracterizados por ser prohibidos y penados por la ley. Los “asociales” y “sociales” no comparten los mismos intereses a tal grado que se cuestiona su nula procreación debido a que de no haber tal, significa el negar a fecundar, a multiplicar, a propagar y a generar esa cantidad económicamente estable que le da a una sociedad, que de no ser así decrecería su estatuto económico.

El tipo de personajes que forman parte de nuestra atención en este trabajo buscan constantemente su lugar en la sociedad, un lugar en la superficie y no en un gueto o debajo del agua, como la mala noche que tiene cualquiera, un lugar que no sea desplazado de la Iglesia y la sociedad, sino más bien el intentar reubicarse. Bladimir Ruiz respecto a la identidad de los “anormales” se pregunta:

¿Es posible hablar de la existencia del homosexual como un sujeto que construye su identidad a partir de su “orientación sexual”, o más bien debemos cancelar propuestas como ésta y circunscribirnos a la llamada crítica de la identidad y entonces ubicar la homosexualidad en terrenos de la construcción cultural? ¿Debemos hablar de una identidad homosexual en un intento homogeneizante de claras connotaciones hegemónicas o es imperativo en este caso el reconocimiento de identidades múltiples condicionadas todas ellas por la experiencia y variables de clase, género, cultura, etc? (329)

Bien dice Balderstone, como respuesta a esto, que: “La posibilidad de nombrarse y definirse como homosexual ha dependido de la existencia de los movimientos internacionales y, también, nacionales, por pequeños que estos últimos hayan sido” (27), cada vez es más el “destape” por parte de las minorías sexuales, que se fortalece a causa de la influencia en temáticas de género en diversas áreas. Esto ha provocado diferentes perspectivas de la identidad gay puesto que ya no sólo se ve como un invento patológico, sino que muestra la existencia de la homosexualidad desde distintos momentos históricos y culturales, así como también intenta ver que es una inclinación sexual innata. Este interés de análisis de la construcción del personaje homosexual a través de registros históricos, literarios, sociológicos, entre otros, es lo que provocará un lugar donde el amor entre personas del mismo sexo sea aceptado sin ser opacados por el miedo o el rechazo, o sin tener que ocultarse detrás de una máscara que impide ver al sujeto real.

La literatura de género, en especial la literatura gay, a través de movimientos sociales, de su sexualidad y género, está inmersa en la literatura marginal, porque el poder dominante en la cultura oculta las identidades “menores” a través de una máscara, que cubre y contiene la sexualidad del sujeto, esto trasladado a la literatura es indiscutible en la novela de Eduardo Mendicutti, donde el personaje principal es La Madelón, una dragqueen española, oculta parte de su vida en una máscara, hecho que se desarrolla en un momento importante de la historia española.

---